



CANARIAS

LA BURGUESIA EMPRESARIAL

Sintetizando mucho las cosas, podríamos decir que a lo largo de nuestra historia, la burguesía empresarial de las Islas ha sido muy débil y ha estado situada generalmente en una situación manifiesta de inferioridad y de dependencia. Las razones que, a nuestro juicio, están en la base de esta interpretación son las siguientes: 1) La realidad de vivir una situación económica colonial que hacía funcionar el sistema productivo del archipiélago según el interés de los grupos que desde el exterior controlaban el proceso; 2) consecuencia directa de lo anterior fue una gran inestabilidad del sistema social canario, machacado y desarbolado por una serie de crisis recurrentes que se cebaban de forma cíclica sobre los sucesivos monocultivos agrícolas de las islas; 3) ligado a todo lo anterior, y en un círculo vicioso continuo, una muy escasa acumulación de capital financiero, que coronaba esta situación y que la propiciaba, y 4) una notable falta de decisión empresarial, un espíritu emprendedor que sólo apuntaba escasamente en determinadas fases del ciclo expansivo.

Lo anterior debería de completarse con la indicación de que el sistema de economía abierta hacia el

exterior, basado en monocultivos agrícolas de exportación, se sostenía sobre la coincidencia de intereses de los propietarios de la tierra y el agua y de los grupos no canarios (genoveses, flamencos, ingleses, etcétera) que realizaban la necesaria función de comprar, vender y transportar, y estaban ligados económicamente a los centros consumidores europeos y, en medida muchísimo menor (especialmente en la época de los vinos), americanos.

ANTONIO GONZALEZ VIEITEZ

Los factores clásicos de la producción

No entramos en la discusión teórica de la validez de esta clasificación, simplemente se utiliza con fines expositivos. Así, en cuanto a la tierra y los recursos naturales, Canarias es una región muy pobre. Su origen volcánico y modernidad geológica, amén de su endiablada orografía (con la excepción de Lanzarote y Fuerteventura) hacen que sus tierras de labor sean escasas. Si a esto unimos la escasez de agua y la inexistencia de recursos

minerales con rentabilidad económica, tendremos una idea aproximada de su potencial de riqueza. Lo único de que goza Canarias es de una excepcional renta de situación: encrucijada de rutas marítimas a lo largo de la historia moderna, cercanía a un rico banco pesquero y un clima templado apto para producir, en contratemporada a Europa, productos agrícolas y servicios turísticos en otoño e invierno.

Por su parte, el factor trabajo ha

sido relativamente abundante. La población canaria, con una elevada tasa de natalidad, se ha ido plegando dócil y trágicamente a las necesidades del ciclo económico capitalista, emigrando hacia América (Cuba, Argentina, Venezuela) en los años de hambre y quedándose en casa en las etapas en que encontraba trabajo y no le negaban el pan y la sal, constituyendo así la variable para reencontrar el equilibrio económico perdido y permitiendo que la estructura social que lo posibilitaba funcionara como un parámetro, sólo puesto en tela de juicio, desde una perspectiva política,

en muy contadas ocasiones y con escaso apoyo popular.

En cuanto al capital, hemos de indicar que nos encontramos ante una situación de acumulación imposible. «En efecto, en una economía esquilada desde el exterior y cuyo excedente económico acumulado en el interior del sistema es exiguo, poco puede hacerse. Menos aún en el caso concreto de Canarias, donde ese excedente venía fundamentalmente a parar a manos de una oligarquía terrateniente. La acumulación interna de capital hasta el siglo XX vino básicamente a mejorar y remodelar el suelo agrícola y a potenciar la búsqueda y captación del agua necesaria para ponerlo en regadío» (1).

Por último, tenemos el cuarto de los factores clásicos de la producción: la empresa, que es el que más nos interesa ahora. Ya hemos apuntado más arriba la escasa virtualidad de una burguesía canaria que cubriera la responsabilidad histórica de acelerar el progreso social. También sintetizamos algunas de las razones básicas de este fe-

(1) «Canarias: la industrialización posible», artículo aparecido en «Economía Industrial» (número 97, enero de 1972), Oscar Bergasa Perdomo y Antonio González Vieitez.

LA BURGUESIA EMPRESARIAL

nómeno. En efecto, un sistema económico colonizado, con escasas posibilidades de acumulación, con una burguesía foránea que da vida al proceso productivo, ante unas crisis recurrentes de inestabilidad de los mercados internacionales y sobre una base social dispersa en siete islas y predominantemente no urbana, hacen casi imposible la aparición del clima empresarial y de los empresarios; los riesgos a que se iban a enfrentar eran demasiado tangibles y sus bases de asiento apenas existentes. Lo más florido emigraba, y no hace falta poner la serie de ejemplos, de todos conocida.

El ejemplo más ilustrativo en la actualidad, aunque no sea exclusivo de la región canaria, es el de la colonia comerciante hindú (la colonia extremo-oriental, ligada a la administración y comercialización de los recursos pesqueros, y la colonia centro y norte-europea, ligada a las actividades turísticas, son casos igualmente relevantes, aunque más modernos), que está monopolizando cada vez más las actividades que hacen de las islas un enclave importante para el «shopping» conectado al turismo de masas. Ante esta «incitación» no ha correspondido la correspondiente «respuesta» por parte de los comerciantes nativos, aherrojados por su falta de unidad, su escasa potencia financiera y su nulo espíritu de transformación económica y empresarial para ponerse a la altura de las circunstancias. Sin embargo, justo es reconocer que el comercio hindú ha conseguido facilidades fiscales y laborales, debido a su fuerte posición económica, que no han sido puestas a disposición de los comerciantes canarios. Sea como fuere, lo que interesa resaltar aquí es la evidencia del predominio creciente del comercio hindú y el correspondiente descalabro del sector local. El agresivo espíritu de empresa ha brillado por su ausencia en todos los niveles, comenzando por el político.

Si el ejemplo anterior resulta esclarecedor por su existencia, hay otra serie de parcelas del proceso productivo que resultan igualmente muy valiosas para medir la potencia de la burguesía empresarial canaria, aun cuando lo único que se constate en ellas sea su inexistencia, el haber dejado o no podido ocupar una serie de resortes estratégicos del sistema económico. En los últimos siglos (y en muchos casos la situación se mantiene hasta el presente) no han existido en Canarias ni empresas navieras que se encargasen de atender los im-

portantes flujos del comercio exterior —exportaciones agrícolas e importaciones manufactureras e industriales—, ni se ha creado la Banca comercial indispensable para cubrir las enormes necesidades de financiación que aquel movimiento comporta, ni las entidades aseguradoras que cubriesen mínimamente los riesgos del proceso económico descrito. Canarias dependía del exterior no sólo desde el punto de vista de las importaciones: poseía y posee una dependencia estructural cara al exterior que ha imposibilitado el afianzamiento definitivo de una burguesía local dinámica y emprendedora.

Las transformaciones de los últimos quince años

A fines de la década de los cincuenta, la región canaria presentaba unas características alarmantes. La regresión de las islas se estaba acentuando. Como siempre nos ha ocurrido en casos históricos similares, la emigración hacia América (especialmente Venezuela) se cebaba sobre la población de las islas que no encontraba medios de subsistencia en las actividades agrícolas tradicionales, únicas verdaderamente importantes por esas fechas.

Pero Europa se hallaba casi reconstruida y la tecnología del transporte aéreo había hecho enormes progresos a partir de la segunda guerra mundial. Los puertos y los aeropuertos insulares, en especial los de Tenerife y Gran Canaria, comenzaban a elevar de forma prodigiosa sus volúmenes de tráfico. La renta de situación comenzaba a tre-

pidar como una caldera de vapor. Los chirridos de todo tipo se fueron produciendo: activación sorprendente del comercio, aumento de las reexportaciones, descubrimiento productivo del banco pesquero sahariano, nuevos productos hortícolas de contratemperada con instalaciones en invernadero (y la disminución de costes que implica la falta de necesidad de introducir sistemas de calefacción), el derrumbamiento de la agricultura y ganadería para el consumo regional, el turismo, el cambio de residencia de muchas docenas de miles de personas y la urbanización de la sociedad canaria, dinero contante y sonante que entraba sin contrapartida real por la venta de eriales y terrenos de costa, el salto fabuloso de las actividades de la construcción, la proletarianización de gran número de canarios, las nuevas pautas de consumo generadas por el aumento de las rentas salariales, los conflictos capital-trabajo, la inversión de capital europeo, peninsular y americano, el derrumbe de la moral tradicional, los nuevos barrios, los nuevos profesionales, la nueva clase obrera, la burguesía rural que se transforma en burguesía urbana, el analfabetismo endémico, el incipiente proceso de industrialización, las potabilizadoras que no potabilizan, nuevas carreteras y aeropuertos, «for sale», la nula actividad del sector público nacional en la industrialización hasta hace un par de años que asume la oferta de energía eléctrica, la falta de preparación técnica y profesional, los atascos del tráfico y el infarto.

Esta caótica sinfonía de chirridos se ha producido así, al mогоllón. El espontaneísmo y la potencia de las fuerzas del mercado han

forzado las cosas hasta ritmos inverosímiles si no los hubiésemos vivido. Consecuencias como la escasez de mano de obra, el alza vertiginosa del coste de vida, los numerosos beneficios conseguidos, la enorme acumulación de capitales, el sinfín de posibilidades de inversión no sólo turística, ni de servicios (en especial comerciales), sino industriales, bien sea hacia la sustitución de importaciones, bien sea con ánimos de colocar partes importantes de su producción en el exterior, comienzan a ser del todo tangibles, presentes, realizables.

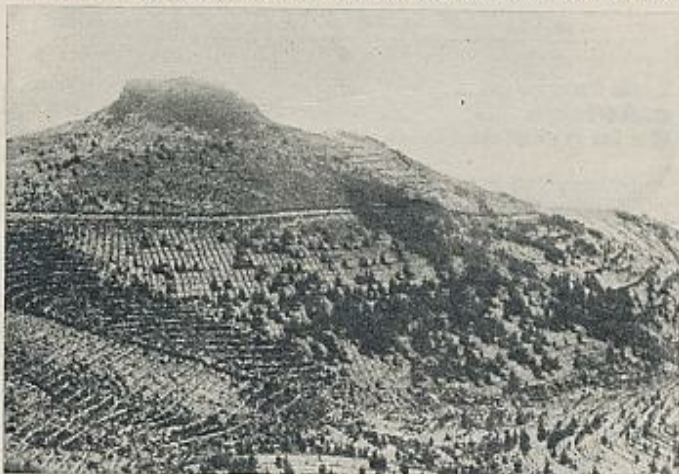
Y ante este pandemónium, ¿qué ha hecho la burguesía empresarial canaria? En primer lugar, enriquecerse; en segundo lugar, dispararse hacia el consumo de lujo; en tercer término, colocar sus capitales en el sector turismo, y sobre todo, en toda una serie de intermediarios financieros controlados desde el exterior, bien fueran éstos antiguos o nuevos, y a invertir en la Bolsa peninsular y/o extranjera; por último, en escasa medida, la burguesía empresarial canaria ha comenzado a canalizar su capital hacia la inversión industrial.

La necesaria toma de conciencia de la burguesía empresarial

No obstante, todo lo anterior se ha venido produciendo en un contexto social básicamente desorientado en cuanto a las necesidades y posibilidades de la economía canaria a largo plazo. Esta desorientación ante la serie de transformaciones que se venía produciendo en las fuerzas productivas, venía, sobre todo, ligada al hecho de la dependencia estructural que ya mencionamos más arriba. De hecho, la burguesía canaria no había realizado esas transformaciones: se las habían realizado desde fuera, marcándoles sus pautas, sus directrices, sus ritmos. La burguesía canaria se había beneficiado, ¡qué duda cabe!, pero al final de la serie de chirridos (el último de los cuales, la situación más o menos crítica del turismo, la ha anonadado), que tiende ahora hacia una cierta estabilización del sistema, se encuentra confusa, sin ideas imaginativas, añorando los chirridos disonantes que la eximían de pensar en el futuro, ante un presente desbocado, trepidante y sin respiro.

Esa es, a nuestro juicio, y algo caricaturizada, la situación actual de la burguesía empresarial. Pero el tema no se acaba aquí; es más,

Entre las transformaciones de los últimos quince años hay que registrar el derrumbamiento de la agricultura y ganadería para el consumo regional.





Lo único de que goza Canarias es de una excepcional renta de situación geográfica (el puerto de la Luz en Las Palmas).

podríamos decir que empieza aquí.

La burguesía canaria tiene que tomar conciencia de su propia potencia, de su propia capacidad, que si bien está condicionada por una clase oligárquica que pretende el inmovilismo, estaría apoyada (al margen de las contradicciones inherentes a nuestro sistema social), hasta cierto punto, por las nuevas clases trabajadoras de la región, si apuestan por el crecimiento, por la inversión necesaria y rentable a largo plazo, por las libertades imprescindibles que le permitan hacer todas las transformaciones económicas, sociales y políticas a las que van ligados su desarrollo y su propia pervivencia como clase.

Pero detengámonos unos momentos siquiera para poder precisar cuáles son las bases objetivas que están haciendo necesaria, al mismo tiempo que posible, esa toma de conciencia de la burguesía sobre su propia fuerza y sobre sus propias posibilidades. A título indicativo, se nos aparecen claras las siguientes razones: a) El conjunto de transformaciones ocurridas en los últimos años, a un ritmo atroz, lleva implícita la imposibilidad de que ese ritmo se mantenga. Ahí están los principios de la entropía para clarificar la situación. Para continuar creciendo hacia delante (que se puede, y mucho) hará falta «poner orden en la casa»; eso implica insoportablemente adoptar una estrategia y apostar por una opción económica, política y social. Si la burguesía acepta ese reto, será arrasada. Así, esa toma de con-

ciencia adquiere el calificativo de ineludible. Ser o no ser, ahí está la cuestión. b) La renta de situación de las islas como epigono del sistema europeo occidental seguirá jugando un importante papel y un gran atractivo. Habrá una profunda contradicción entre los que intenten perpetuar la dependencia estructural y aquellas otras clases sociales (entre las que se encuentra la burguesía empresarial, alineada de acuerdo con sus intereses objetivos) que necesiten romperla para conseguir la posibilidad de un verdadero desarrollo económico para las islas. En este nivel, los conflictos serán profundos, incluyendo los conflictos que se darán con la burguesía peninsular. c) La revolución urbana que se ha producido en Canarias ha sido tan profunda, que la burguesía empresarial, producto típicamente de la civilización urbana, cuenta ahora con el indispensable entramado social para poder jugar el papel que aquí estamos dibujando. Poderlo y deberlo jugar, porque «si el crecimiento de un área urbana subsiste hasta elevar el área a un determinado tamaño crítico (¿un cuarto de millón de habitantes?), las características estructurales, como la diversidad de actividades, el poder político, las grandes inversiones fijas, un rico mercado local y una provisión renovada de liderazgo industrial, bastarán prácticamente para asegurarle un crecimiento continuado, garantizarle contra una decadencia absoluta y, de hecho, sentar las bases para efectuar un irreversible crecimiento acu-

mulativo» (2). d) A todo esto hay que añadir la gran acumulación de capital realizada en los últimos años, y que ya hemos mencionado varias veces. e) Por último, la conciencia incipiente del nivel regional, que, en cierta medida al menos, ha tenido que ser reconocida por la Ley de Régimen Económico y Fiscal para Canarias, que entró en vigor el 1 de enero de 1973 y ha creado un clima (si bien con carácter netamente proteccionista, y este es un grave defecto) que podría ser utilizado dentro del mercado regional, al que se le ha quitado una serie de trabas impositivas al comercio interinsular, para considerar una muy amplia gama de posibilidades que rebasan el marco de cada una de las islas. Si la serie de incentivos para la inversión industrial que dispone esta Ley pudiera ser corroborada por la práctica a medio plazo, y siendo muy escrupulosos en cuanto a la verdadera rentabilidad de las inversiones, este elemento podría también movilizar a la burguesía empresarial canaria, sobre todo fomentando determinados sectores productivos que pudieran realizar, en condiciones de competencia, la sustitución de ciertas importaciones de la región.

Hacia una nueva etapa

Si la burguesía empresarial tomara conciencia de sus propias fuer-

(2) «Un prefacio a la economía urbana», W. R. Thompson. Colección Ciencia Urbana. Editorial G. Gili. 1971. (Pág. 41.)

zas, dentro de la correlación que más arriba indicamos, podría, efectivamente, cuestionar la situación de dependencia estructural, sobre todo si pudiera contar con un sector público regional que racionalizase el sistema y lo hiciera más dinámico y más justo.

De todos modos, todo esto presupone una petición de principio que incumbe también (y es una de las principales cuestiones de este debate) a la propia burguesía empresarial. En efecto, para lograr lo dicho es imprescindible una situación de libertad y de democracia, y no sólo en el campo económico, para poder luchar contra núcleos y sectores monopolistas, sino en el campo social y en el político, para poder usar con libertad el conjunto de resortes que un planteamiento de crecimiento económico como el esbozado implica.

Después de esta petición de principio, y para acabar este trabajo, haría dos puntualizaciones. La primera de ellas se refiere a las necesidades educativas en todos los niveles, desde el preescolar hasta el de los posgraduados, y que son de una necesidad vital. Uno de nuestros mayores obstáculos para el crecimiento es la escasa formación cultural, profesional, técnica y científica de nuestras gentes. Este hecho tiene que entenderse en el sentido de que, también, el sistema de producción lo requiere y lo exige. El nivel actual de organización de las empresas de las islas clama al cielo, y, en el fondo, el problema, en muchos casos, consiste en encontrar gente preparada para asumir los distintos niveles de responsabilidad que últimamente se están cubriendo casi todos con personas peninsulares de superior nivel de formación.

La segunda puntualización se refiere al crecimiento industrial, tan necesario. Hay que evitar, por todos los medios, la instalación de aquellas industrias que están siendo expulsadas de los países desarrollados (polución, contaminación, peligrosidad), y que son las que con mayor «generosidad» suelen trasladarse a los países más pobres. La preservación del medio ambiente es algo que demandan no sólo los turistas (también es nuestro caso), sino los propios habitantes del lugar. Hay que conseguir por todos los medios que el crecimiento industrial no siga los pasos del turístico, que ha degradado, a veces de forma irreversible, nuestras ciudades y nuestras costas. ■ A. G. V.